

## VICENTE GERBASI

**M**acido en 1913, en Canoabo, pequeño pueblo del Estado de Carabobo, Venezuela, Vicente Gerbasi es hijo de emigrantes italianos, originarios de una aldea viñatera situada en las faldas de los Apeninos: Vibonati. Hará su educación primaria y secundaria en Italia y luego a la muerte de su padre volverá a Canoabo. Emprende viajes a Caracas, a México, y funda, en 1937, junto con Rómulo Betancur y otras figuras políticas, el Partido Democrático Nacional. En el mismo año se forma el grupo "Viernes", de gran resonancia en la crónica literaria de su país, a través de los 22 números de la revista del mismo nombre y los 14 volúmenes, casi todos de poesía, que se editan con tal sello, entre ellos *Bosque doliente* (1940) el segundo libro de poemas de Gerbasi y *Creación y símbolo* (1942), volumen de ensayos que dedicó a sus compañeros de "Viernes", Luis Fernando Álvarez y Otto de Sola, y al poeta chileno Humberto Díaz Casanueva, quien había llegado a Caracas por la misma época de Gerbasi, mediados de 1936, para fundar el Instituto Pedagógico Nacional, gracias al buen ojo de Mariano Picón-Salas.

Díaz Casanueva, quien recibió el reconocimiento de Gabriela Mistral y había sido discípulo de Heidegger en la Universidad de Jena, comunicaría a sus jóvenes amigos venezolanos su interés por los románticos alemanes y el surrealismo francés. En el ensayo que Gerbasi le dedica, éste recalca su interés por los dictados del subconsciente, por destellos y visiones que requieren mecanismos expresivos de gran valor sugerente, como el símbolo, y la facultad del poeta para penetrar en la esencia de las cosas, descifrando su misterio. Las referencias habituales: Nietzsche, Rilke —sólo cuando los recuerdos se hacen "sangre, mirada y gesto" surgen los versos —o Heidegger— "La poesía es la fundación del ser por la palabra" —terminan por dar paso a una mención al realismo mágico americano, ya en los años 40, y a una aseveración que era también un programa:

América todavía es un misterio y como misterio ha de expresarse. Para encontrar a América es preciso buscarla en su caos, que va desde la vida cosmopolita de sus grandes puertos y ciudades, pasa por las vastas comarcas que nosotros los iberoamericanos llamamos *interior*, con sus llanos, montañas y abruptas



regiones despobladas y llega hasta el *hinterland*, donde florecen selvas alucinantes y plenas de peligro, cruzadas por anchos ríos oscuros y convulsos, en cuyas márgenes habita el indio en su primitiva actitud de asechanza.

Nuestra poesía no puede ser sino plena de misterio. Ha de contener los símbolos de nuestro maravilloso mundo. Tierras ásperas, peligrosas, tierras habitadas por fuerzas ocultas, tierras casi desiertas, tierras de la melancolía, de la tristeza, de la angustia. Su realidad es el misterio, la magia, el encantamiento.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Vicente Gerbasi: *La rama del relámpago*, Caracas, Ediciones de La casa de Bello, 1984, p. 81.

En 1945 publica *Mi padre, el inmigrante*, uno de sus más notables poemas, y un año después ingresa al servicio diplomático, como Agregado Cultural en Colombia. Dos publicaciones atestiguan su estadía en esta tierra: *Tres nocturnos* plaqueta publicada por la Universidad Nacional de 1946 y *Poemas*, de 1947, No. 12 de los Cuadernos Cántico dirigidos por Jaime Ibáñez.

Su carrera lo llevará a La Habana y a Ginebra y se verá suspendida luego a raíz de la caída del gobierno democrático de Rómulo Gallegos.

Entre 1948 y 1958 ejerce diversos oficios editoriales, incorporándose a la lucha clandestina contra el gobierno dictatorial del general Marcos Pérez Jiménez.

En 1952 publica *Los espacios cálidos*, otro de sus más logrados libros. Y a partir de 1958 se reincorpora al servicio diplomático siendo Consejero Cultural en Chile y Embajador en Haití, Israel, Dinamarca, Noruega y Polonia. Permanece así trece años fuera de su país y a partir de 1971 retorna a Venezuela donde dirige desde entonces, *la Revista Nacional de Cultura*, fundada por Mariano Picón-Salas, una de las más perdurables y de más sostenida calidad del continente.



En los últimos años la fecundidad creativa de Gerbasi no se ha interrumpido. Por el contrario: se acrecienta con títulos como *Retumba como un sótano del cielo* (1977), *Edades perdidas* (1981), *Los colores ocultos* (1985), *Un día muy distante* (1988), *El solitario viento de las hojas e Iniciación en la intemperie* (1990).

## II

"Soy el que anda entre los animales aprendiendo su lenguaje": así escribía Gerbasi, en su *Bosque doliente*, de 1940, y ese aprendizaje se ha convertido en sabiduría. Una palabra cada día más límpida hace de su obra el indispensable punto de partida de la actual poesía venezolana. Su mirada, a la vez que se adensa, adquiere una insólita transparencia: la del misterio en pleno día. La de una carnalidad elocuente. Como lo anota Ludovico Silva en un trabajo sobre Gerbasi.

Lo que distingue a la poesía es el darle a los vocablos un valor especial, que Mallarmé llamo *prismático* y Baudelaire *evocatorio*. El vocablo poético, justamente colocado, irradia significaciones y sentidos hacia todas partes; más que significa *evoca*.

¿Qué evoca la poesía de Gerbasi? En primer lugar la infancia, una infancia elemental y campesina pero a la vez profundamente mágica. "El sufrido de recuerdos" compartí con nosotros, en morosas enumeraciones, su viva añoranza por un presente que aún no se ha ido:

Te amo, infancia, te amo  
 porque aún me guardas un césped con cabras,  
 tardes con cielos de cometas  
 y racimos de frutas en los pesados ramajes  
 Como dirá en *Los espacios cálidos* (1952)

Pero esa infancia, tan personal e intransferible, se va ampliando, poco a poco, en "el documento de los sentidos". La avidez de mundo, y de la palabra que lo diga, se vuelve urgida —"Hay un escarabajo de ardiente metal volando en mis sentidos"— hasta transformarse en un amplio lienzo, un Arca de Noe de la cual descenden todas las criaturas".

He aquí un propósito de alucinado:  
 fundar un espacio de lumbres, de escarabajos, de rostros,  
 en el documento de los sentidos.

Y es el goce homérico de las enumeraciones el que salpica sus páginas con todas las siluetas y todos los colores de una humana geografía. Un poema de 1943, "Mi tierra", concluye de este modo:

Nada he hecho, sólo siento el sol, silbar la serpiente;  
 nada he dicho aún, sólo sé que amó esta gente  
 sonámbula,  
 que del mundo sólo conoce esta tierra roja, estas  
 colinas rojas

donde crece la vegetación más amarga y sedienta.  
Nada sé, sólo oigo pasos, voces, y cantos que-  
jumbrosos,  
y por la tarde veo que llevan un ataúd hacia la  
noche.

Será la noche, de bosques angustiosos y encendidos ritos, su primer ámbito creativo; pero luego, el trasfondo de una naturaleza mítica queda atrás, en un segundo plano, y son las presencias familiares las que invaden el escenario. Su padre es ese "relámpago extasiado entre dos noches": el hombre que deja atrás Europa y se hunde en América. Emigrante saturado de recuerdos y a la vez intentando conferirle un sentido a esa tierra de dolor y maravillas que lo acoge. Ya lo había visto en sus *Liras* de 1943: "He aquí la vieja silla / de mi padre que duerme entre las flores" pero estas estrofas de cinco versos no serían suficientes para darnos la totalidad de su trayectoria. Treinta cantos, por el contrario, necesita ahora para esbozar su periplo.

Hijo y padre: dos soledades que se hablan. Y lo harán a través de lo más insignificante: el hilo y el salero, "el hábito de andar por los sonidos". A través de ese puente los muertos familiares restablecerán el diálogo, hasta "hacer de la tierra un sueño". Esa tierra que el recién llegado verá con ojos de asombro, palpando los frutos del trópico equinoccial, y que en el mismo movimiento de aprensión se hará duramente cotidiana:

Y pasaron caminos, zamuros, caseríos,  
y viste un asno ciego atado a una ventana,  
y un niño sin parientes pasar por la llanura,  
y un vaquero llamado la sombra del ganado (X)

La guerra civil, el sopor oscuro de la pobreza, la fiebre amarilla, los residuos que deja el sueño incumplido y, sobre todo, el vaho insidioso de los objetos que se pudren, hacen más notorio el contraste con esa "luz angélica" que ha dejado atrás, en las serenas colinas italianas, de olivas y manzanos. Bárbaros conjuros — "entierra un gallo vivo hasta las alas, para decapitarlo con los ojos vendados / y manchar con su sangre los muros del crepúsculo" (XX) — buscan, al igual que el aguardiente, retrasar las llegadas de la sombra y el espanto. Es entonces cuando el hijo, nutrido con todos los fantasmas del padre, le da voz con sus palabras. Se ha hecho poeta para recordarlo, y recordarnos que "Venimos de la noche y hacia la noche vamos":

Vienen de ti mi afán y mis palabras,  
y es tu sangre la que dice en mis labios:  
hierro, pan, campana, frente, piedra, flor, caballo,  
casa, sartén, naranjo, césped vespertino,  
romero, yerba, clavo, cayena y astromelia (XXV).

La fundación, como siempre, la han hecho los vocablos. Proseguirán ellos su camino, visitando a los parientes, los que revisan sueños, o internándose en



capítulos decisivos de la historia americana, como el referido al *Tirano de sombra y fuego* (1955) Lope de Aguirre, quien lleva su rebeldía hasta la locura, apostrofando al Rey y asesinando a su propia hija. Ese "cojo de oscuridades", se proyectará en el tiempo, como nos lo recuerda Gerbasi:

Esta noche el Tirano se ha ido a otra comarca  
y tal vez esté hablando con Juan Vicente Gómez.  
Uno bajo su capa que se levanta en llamas  
y el otro con un traje de general en sombra (XII).

y en novelas como las que le dedicaran Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva y Abel Posse.

El poeta, ese desmemoriado que anda entre nubes, ese hombre poco práctico que puede decir: "Están en mí las edades", dejará atrás la recreación de la historia y se internará en la intemperie de la suya propia:

Así anduve por estas tierras de supersticiones  
mirando el humo espectral del verano  
que confunde lo próximo y lo lejano en un vasto  
hastío,  
como lo dice en *Por arte de sol* (1958).

## ALFREDO CHACÓN

## POEMA

¿Quién responde

a este látigo de voz sobre la piel desnuda?

¿Qué pretende

el ávida errancia que somos sin saberlo,

que somos sin saber serlo?

¿En cuáles condiciones

de aniquilación e invento

de puro acontecer, de hechura prodigiosa

nos creemos?

*Homenaje a Vicente Gerbasi*

Su combate ahora será en contra de la muerte, que le impide ver "las palmas reales en el aire solar" y disminuye los "feeéricos fuegos fatuos". Como lo señaló Eugenio Montejo su luz es a la vez espejeante y nítida, la luz "ardiente y frutal del occidente carabobeño", y dentro de ella respiran los objetos, hasta hundirnos en

aguas ancestrales y edades sin tiempo. La de la "historia botánica, / hecha de penumbra de hormigas rojas". La de sus propios huesos, iguales a

Los huesos de los hombres de la prehistoria, igual que los huesos con que ciertas tribus hicieron flautas para encantar la noche de los muertos.

Aquí donde el universo nos mira con ojos de ranas.

Viajero, por el mundo, de Jerusalén a Copenhague, su poesía no halla lugares más fructíferos que los que le brinda el contacto de su memoria con el lugar natal. Un espacio hechizado contra un tiempo que lo desgasta. Unos sentidos aún capaces de asimilar el mundo, que vuelan por él, impregnándose de colores, y que se hacen cada vez más nítidos y acuciosos. Pequeños óleos, de rico empaste. Naturalezas vivas, en movimiento. Acuarelas líquidas en su fluidez transparente. Nunca antes la voz de Gerbasi había sido tan pudorosa y tan intensa. Desde el jardín de su casa ha detectado la prehistoria del mundo (astros errantes, planetas siderales) hundiéndose en el mar de su palabra. El brillo que de allí surge resulta único. Hace de la tristeza "fuegos de bengala" Recorre en una hoja de árbol el mapa de las constelaciones y el insomnio no hace más que acrecentar su capacidad adivinatoria: "somos / los tristes del espacio". Esta poesía, que tantas veces se ha denominado telúrica, no es más que humana.

"Hemos estado consagrados a la pobreza", dirá en su último libro, *Iniciación en la intemperie* (1990) y la honesta autenticidad de esta afirmación, contrapuesta al mundo de mujeres y generales de Juan Vicente Gómez, nos demuestran, una vez más, cómo la poesía vence a la historia y da razón de ser a esa lengua encarnada en un país propio. Canoabo es ya el mundo y Gerbasi su cantor y su profeta. He aquí su autorretrato:

Vestido con el traje  
de mi abuelo,  
con la mirada  
de un maestro de escuela  
en una primavera  
de montaña,  
miro mi rostro desolado  
bajo el sombrero negro  
en el espejo,  
en el espejo de la fuente  
y de los árboles  
mientras a mis espaldas  
bellas mujeres  
con lazos de mariposas  
contemplan la hondura del día  
y vierten mi ser  
en colores de Renoir.

De este modo el paisaje se ha hecho hombre y el hombre obra de arte.